

COLECCIÓN CRISTIANOS DE HOY

Dios no abandona

EL SENTIDO CRISTIANO DEL SUFRIMIENTO

JESÚS MARTÍNEZ GARCÍA



COBEL EDICIONES

ÍNDICE

| | |
|---------------------------------|----|
| I. ENCUENTRO CON EL DOLOR | 7 |
| 1. Después de la noticia | |
| 2. La otra cara del mundo | |
| 3. Un parón en nuestra vida | |
| 4. Jesús escucha la sentencia | |
| II. LAS GRANDES PREGUNTAS | 17 |
| 5. ¿Dónde está Dios? | |
| 6. La vida sin sentido | |
| 7. ¿Quiénes somos? | |
| 8. Jesús mira hacia el cielo | |
| 9. Para ver a Dios en el dolor | |
| III. ¿QUÉ HE HECHO YO? | 29 |
| 10. ¿Por qué Dios no lo impide? | |
| 11. El precio de la libertad | |
| 12. Los inocentes | |
| 13. Jesús cae aplastado | |
| 14. Te basta mi gracia | |
| IV. LA PROVIDENCIA DIVINA | 41 |
| 15. Hijo, ¿por qué haces esto? | |
| 16. Ya lo entenderás después | |
| 17. Dios siempre sabe más | |
| 18. La casualidad no existe | |
| V. CUANDO DIOS PASA CERCA | 49 |
| 19. La buena suerte del Cireneo | |
| 20. Una invitación | |
| 21. Un tesoro con una condición | |
| 22. La filiación divina | |
| 23. La roca donde apoyarse | |
| VI. OLVIDARSE DE SÍ MISMO | 61 |
| 24. La autocompasión | |
| 25. El dolor ayuda a madurar | |
| 26. Jesús se deja ayudar | |
| 27. Poner buena cara | |

| | |
|--------------------------------------|-----|
| VII. LA CAUSA DEL SUFRIMIENTO | 71 |
| 28. El verdadero mal | |
| 29. El pecado nos hace daño | |
| 30. Jesús cargado con los pecados | |
| 31. Despertar la contrición | |
| 32. Sentir el peso de los pecados | |
| VIII. SOLIDARIDAD | 83 |
| 33. Tener corazón | |
| 34. Jesús se compadece y llora | |
| 35. Solidaridad entre los que sufren | |
| 36. Puedo ayudar con mi dolor | |
| IX. CUANDO NO SE PUEDE MÁS | 91 |
| 37. No abandones | |
| 38. Abandonarse en Dios | |
| 39. Oración en la prueba | |
| X. DEJAR HASTA LA ROPA | 97 |
| 40. La humillación del prisionero | |
| 41. Mansedumbre | |
| 42. Pobres de espíritu | |
| 43. Gustar la pobreza | |
| XI. SABER AMAR CON EL CUERPO | 107 |
| 44. El dolor físico | |
| 45. Sujetar el cuerpo | |
| 46. La mortificación voluntaria | |
| 47. Necesitamos purificación | |
| 48. La enfermedad | |
| XII. LA OFRENDA DE LA VIDA | 123 |
| 49. Creados para amar | |
| 50. Dios nos ha demostrado su amor | |
| 51. Os he dado ejemplo | |
| 52. Ahí te quiero ver | |
| XIII. MÁS FUERTE QUE LA MUERTE | 131 |
| 53. El momento culmen | |
| 54. Lo que nos espera | |
| 55. El tiempo que falta | |
| 56. La Pietá de Miguel Ángel | |
| XIV. LA MIRADA DE JESÚS | 141 |
| 57. Sígueme | |

I

ENCUENTRO CON EL DOLOR



1. Después de la noticia

A veces la vida cambia radicalmente en un instante. Acaban de darle a uno la noticia que le deja un agudo dolor en lo más profundo de su ser. Posiblemente ha ido viviendo hasta entonces sin mayores problemas, con alegrías y con penas como todo el mundo, pero lo que sucede en ese momento, y a partir de entonces, es una experiencia nueva que quizá no se había experimentado nunca.

Aunque se cuenta con la cercanía de personas amigas, en el fondo es un trago que se bebe uno solo, algo que se experimenta en la intimidad y nadie se puede hacer cargo de ello salvo que esté pasando por lo mismo. A uno le acompañan, sí, incluso en el sentimiento, pero lógicamente no pueden hacer nada por él. ¿Qué pueden hacer? Si estuviera en sus manos lo harían.

Tal vez, amigo lector, te encuentres en una de las variadas y cortantes facetas que puede tener este

valioso diamante del sufrimiento: la muerte de un ser querido, la infidelidad de una persona amada, la pérdida de algo muy necesario, tener que pasar un largo tiempo en un Hospital,... Las cosas son como son y tratamos de poner remedio, pero puede ser que, a pesar de intentarlo, el dolor no se pueda alejar, y uno se encuentra como en una habitación oscura donde no ve nada. Vamos a buscar un sentido a todo esto, a buscar el profundo sentido que sí tiene.

¿Y dónde ir a buscarlo? ¿Quién nos podrá decir *la verdad*, la explicación que convenza y dé paz y esperanza para seguir adelante? La llave que abre la puerta y deja correr la luz para entender el jeroglífico del sufrimiento es Jesucristo. «El misterio del hombre sólo se esclarece realmente en el misterio del Verbo Encarnado (...). Por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad» (*Gaudium et spes*, 22).

Jesús, el Hijo muy amado del eterno Padre, fue enviado a esta tierra para redimir a los hombres del pecado, darnos la Vida divina y ejemplo de cómo vivir. Jesús realizó la Redención precisamente a través del sufrimiento y de la muerte en la Cruz. ¿Es que su Padre le quería mal? ¿O no será que el sufrimiento humano encierra un tesoro que a primera vista no conocemos y que Cristo nos ayuda a descubrir?

Leyendo la Pasión advertimos que Jesús padeció todo tipo de sufrimientos físicos y morales. El car-

gó con nuestros pecados en su propio cuerpo, para que muertos al pecado, viviéramos para la justicia, y en sus llagas hemos sido curados (1 P 2,24). Se podría decir que lo que ahora sufres tú o la persona que amas, ya Alguien lo sufrió antes. Es como si fuera la segunda vez que se padece eso.

No estás solo. Jesús te acompaña y te comprende porque Él ha conocido en su cuerpo y en su alma lo que ahora sufres tú. Recordar los sucesos de su Pasión puede ayudar a comprender muchas cosas, y sobre todo a saber llevar la Cruz como Él la llevó.

2. La otra cara del mundo

En muchos países avanzados hay personas que nunca han pasado necesidad ni se han encontrado con el sufrimiento; especialmente entre la gente joven. Viven disfrutando de la vida, de la vista, del tacto, del gusto... La cara hedonista de la sociedad invita a disfrutar, a que no falte de nada, y se oculta la otra cara.

Se sabe que hay personas que pasan necesidad, que en los hospitales hay quienes sufren,... Pero se prefiere no pensar. Los *necesitados* que aparecen en las páginas de los periódicos están muy lejanos, y los que fallecen están un rato en el tanatorio y luego ya no se sabe más. Con no ir al hospital o a una residencia de ancianos...; además, las fotografías de muertos de hambre o en la guerra parecen algo irreal, algo así como las películas.

Se prefiere no pensar en el dolor y en la muerte. ¿Y cuando te toque a ti? Pues se piensa: «Al que le toca, le toca; pero como a mí no me ha tocado, sigo disfrutando de la vida». Porque por las calles, en la televisión, en las salas de fiesta sólo se ve a los *sanos*, no a los enfermos. Y a mí no me ha tocado. ¡Vive y deja vivir! grita toda una sociedad que sólo quiere disfrutar el momento presente, egoístamente. Y se huye del dolor como se huye de Dios y de todo lo que recuerda que hemos nacido para algo más. Se prefiere vivir de prisa para no tener que pensar.

Pero éste es un modo poco realista de vivir, porque el sufrimiento es algo muy humano, y tal vez más cercano de lo que pensábamos. Conviene pararse un poco y reflexionar personalmente qué sentido tiene la vida. Ir a un hospital enseña mucho, porque en esa cama, con los tubos de suero puestos, podría estar yo.

Es muy bueno descubrir que en el mundo hay otra cara: la cruz, el mundo del sufrimiento. Es un gran bien descubrir el mundo del dolor para abrir los ojos y para tratar de remediarlo. Vivir de espaldas a él es muy cómodo, muy egoísta, pero quien siembra egoísmo a su alrededor, eso mismo recogerá, y eso no es bueno. No es bueno tener que sufrir, pero tampoco es bueno querer desconocerlo y alejarse de quienes sufren, porque entonces, cuando nos encontremos en esa situación –que será antes o después–, saborearemos el egoísmo propio y ajeno.

Auswich ha quedado como símbolo de lo que el hombre animal es capaz de hacer a sus semejantes. A finales del siglo XX lugares como Ruanda o Yugoslavia traen a la retina de la imaginación los cadáveres de muertos y las vejaciones que se han padecido. Detrás de esas noticias y de esas fotografías hay personas; cada una con sus recuerdos, con su familia rota y sus amigos muertos, con sus proyectos frustrados, sus ilusiones, amor..., con temor al enemigo, con dolores físicos, hambre, humillación.

Cuando uno sufre en su carne el zarpazo de la injusticia o de la enfermedad y entra en crisis su seguridad, entonces se ve la necesidad de reflexionar, de profundizar. También después de una guerra se reflexiona mucho: las personas vuelven a la realidad de lo que en verdad son, y comprueban que no se debe vivir al margen de Dios. Que no deben vivir como si esta tierra fuera el paraíso definitivo. Es bueno detenerse y reflexionar sobre los grandes temas de la vida.

Gustar el amargo trago del dolor puede traernos muchos bienes, y uno de ellos puede ser descubrir el dolor ajeno y que los demás necesitan de nosotros, porque tener experiencia del dolor enriquece.

3. Un parón en nuestra vida

«Nunca sabe uno hasta qué punto cree en algo, hasta que su verdad y falsedad no se convierten en

un asunto de vida o muerte. Es muy fácil decir que confías en la solidez y fuerza de una cuerda cuando la estás usando simplemente para atar una caja. Pero imagínate que te ves obligado a agarrarte a esa cuerda, suspendido sobre un precipicio. Lo primero que descubrirás es que confiabas demasiado en ella» (C.S. LEWIS, *Una pena en observación*).

El sufrimiento desestabiliza a la persona, le hace perder aquellas seguridades en las que confiaba: sus ilusiones, sus proyectos, su salud, su bienestar. Advierte entonces que el edificio que estaba construyendo se tambalea con el soplo de una enfermedad o de una noticia. Le hace preguntarse si está edificando sobre suelo consistente; si es consistente aquello en lo que cree. Por tanto, si el sufrimiento derriba mi casa, descubriendo que era un castillo de naipes, seguramente tendré que admitir que cuanto antes me lo derribaran, mejor.

Darse cuenta de qué es lo que perdura eternamente ya es algo grande. Es una gracia de Dios. Es la sensación que algunos tienen cuando se les acaba la vida. Entonces aprenden a vivir; se dan cuenta de que se van a la eternidad y tal vez llevan las manos vacías. El sufrimiento, en este sentido, es como un aviso de que un día dejaremos todo lo que tenemos ahora y de que estamos de paso por la tierra. Y desde un punto de vista teológico el dolor es anticipo de la muerte, es decir, anuncio de la vida definitiva.

En los momentos de enfermedad se siente el cuerpo y se valora la vida. Se aprecia cada hora de la que se dispone como lo que es en realidad, un regalo de Dios. En la escuela del dolor se puede aprender qué cosas tienen peso en la vida eterna. Por ejemplo, se sabe que esos tiempos densos de dolor, si se han vivido con Dios, quedan. Se puede dudar en esos momentos si ha valido la pena realizar tal trabajo o tal otro, pero se tiene la seguridad de que aquellos momentos de dolor en los que levantábamos nuestra mirada a la misericordia de Dios sí valen en la vida perdurable.

Bueno será hacer un parón ahora, quizá con ocasión de padecer un dolor, para reflexionar y replantearnos para qué estamos aquí, qué hacemos y qué debemos hacer.

4. Jesús escucha la sentencia

Jesús, Hijo de Dios e hijo de María, era, según el testimonio dado por quienes le conocieron, un hombre bueno *que pasó por la tierra haciendo el bien* (Hch 10,38). Él no hizo mal a nadie; al contrario, se preocupaba por los demás, solucionó muchos problemas y dio consejos que devolvieron la alegría y la esperanza a mucha gente.

Pero las cosas eran como eran aquel Viernes de Pasión. Y allí estaba Jesús, de pie, en un amplio balcón de la casa del gobernador Pilato. Estaba solo, envuel-

to en una clámide llena de sangre por la flagelación y la cara ennegrecida por los golpes, que chorreaba sangre a causa del manajo de espinas que tenía clavado en su cabeza.

El gobernador Poncio Pilato estaba a punto de dictar sentencia. Quedaba la esperanza, pues el mismo Pilato había declarado que Jesús no había cometido ningún delito, y no se había probado nada de las acusaciones que traían contra Él. Después de hacer callar a la gente dijo solemnemente, despacio y fuerte: «Se le condena a morir crucificado por haberse hecho Rey».

No es difícil imaginar a Jesús con la cabeza agachada, recogido en silencio, mientras la chusma explotaba en un grito de victoria: ¡lo hemos conseguido! Aparentemente era como si Jesús estuviera solo e impotente ante la injusticia y eso le doliera en su interior. Pero no era eso la causa de su dolor. Lo que le producía un dolor tremendo, una vez más, era el pecado, el conjunto de pecados que se cometían allí: la injusticia del juez, el odio de unos, la resistencia a la verdad de otros,... Lo que sentía era un amor inmenso a su Padre Dios, un amor muy grande por los hombres y una profunda amargura al saber que su sufrimiento provocaría rechazo o indiferencia.

Jesús debió sentir ese dolor profundo que hace que los ojos se cierren, los músculos se aprieten y entren ganas de llorar. Seguramente a Jesús se le

escaparon unas lágrimas, porque Jesús era profundamente humano. Externamente aparecía como un hombre abandonado y solo ante la noticia fatídica.

¿Qué se siente cuando uno se despierta en un Hospital con gran parte de su cuerpo quemado? Es una sensación tremenda, mezcla de sorpresa y sobrecogimiento. Las cosas podrían ser de otro modo, pero son como son. Se recuerdan los momentos felices en que se corría alegre por el campo en compañía de las personas amadas, o esas horas deliciosas junto en el hogar. Y viene la tristeza aplastante ante el mal presente, y el temor ante lo que va a venir.

Aunque la realidad sea así, no es toda la realidad. Jesús no estaba solo ante la sentencia injusta, porque sabía que Alguien le estaba viendo: su Padre celestial. Y sabía que su Madre estaba por allí en algún lugar y le comprendía, le amaba y le acompañaba en su dolor. Y conocía en ese momento que habría tantos otros hombres y mujeres buenos que, por defender la verdad, iban a ser condenados, ajusticiados. Jesús *sabía* y callaba.

Dios no nos ha dejado solos. Nos conoce a cada uno y de un modo misterioso, al haberse hecho hombre, Cristo se ha unido en cierto modo con todo hombre, y nos ha conocido y amado en la ofrenda de su vida. No estamos solos en el sufrimiento. Jesús nos acompaña, Él sí puede comprender lo que se siente en estos momentos porque pasó por ese trance.

Además cuenta con esto que nos sucede a nosotros, como también contaba con los sufrimientos que iba a padecer. Antes de su Pasión sabía que comenzaba una historia de amor con su Padre. Y se lo dijo a sus discípulos: *el Hijo del hombre será entregado a los gentiles, y se burlarán de él, será insultado y escupido; y después de azotarlo, lo matarán* (Lc 18,32-33); y les dijo la razón: *conviene que el mundo conozca que yo amo al Padre, y que, según el mandato que me dio el Padre, así hago* (Jn 14,31). Toda la Pasión de Jesús, que vamos a considerar a grandes trazos, fue la demostración de su amor al Padre y a los hombres de todos los tiempos. Jesús lo sabía, pues para eso había venido al mundo.

¿Sabemos nosotros que en el sacrificio se demuestra el amor? ¿Sabemos que Dios Padre espera de nosotros, a partir de ahora, una especial demostración de amor? Con la luz de Dios puede que descubramos el gran sentido de lo que tenemos ahora entre manos, un gran tesoro que tal vez no habíamos descubierto hasta ahora.

Si la vida consiste en estar unido a Jesús, en *vivir por Cristo, con Él y en Él*, el sufrimiento puede ser la gran oportunidad para entrar por este camino.